

que al mandar me acuerde siempre que no tengo para ello mas título que el que Dios me da; que no ejerzo mis derechos, sino los derechos de Dios; que ejerzo estos derechos con una entera dependencia de la gracia, no escuchando ni mi propio espíritu ni mis caprichos: es preciso que los ejerza con dulzura, con caridad, con los mayores miramientos á la delicadeza de mis inferiores: que los ejerza en fin sin perjuicio de la humildad, la cual no debo perder jamas de vista, y cuyo sentimiento nunca es mas necesario que cuando se ejercen actos de autoridad. Mucho mas ventajoso nos es sin comparacion obedecer que mandar; y no mandaremos bien sino en cuanto hubiéremos sabido obedecer; mas para mandar bien, así como para obedecer bien, se necesita de todas las virtudes, en especial de la moderacion.

CAPITULO XXVIII.

VIDA DE MARÍA EN NAZARET.

No dejemos todavía esta casa de Nazaret, pues nos ofrece mas de un género de enseñanza. ¿Qué vida pasa María en Nazaret? Una vida comun, una vida oscura y oculta, una vida laboriosa, y al mismo tiempo una vida la mas santa, la mas agradable á Dios que haya llevado criatura alguna sobre la tierra. En este punto nadie sino su Hijo le llevó ventaja.

María lleva una vida comun, y está tan contenta de llevarla, que la prefiere á todo cuanto hubiese sido singular y extraordinario. Pasaron ya las revelaciones y los milagros: ella ha vuelto á entrar en el órden comun, y por ello se felicita. María ya no recibe mensajes del cielo: ya no suscita Dios para ella Elzabets, Zacarías y Simeones, que le descubren sus altos destinos. Héla aquí convertida ya en una simple mujer, que cuida de su casa en una aldea. Su oracion es tan sencilla como sublime: ella

misma ignora lo que allí pasa de tal manera, que ni áun se permite reflexionar sobre ello. Quanto mas sensible es el recogimiento, tanto mas percibe y gusta la presencia de Dios. Ruega siempre, pero con el corazon; nada se observa de notable en sus ejercicios de devocion. Las otras mujeres que la visitaban nada veian en ella que les llamase la atencion para exclamar: Hé aquí una mujer de una piedad extraordinaria. Si María hubiese sido capaz de complacerse en alguna cosa, se hubiera complacido en esta vida comun, que la confundia con la multitud. En cualquier parte en que vivamos, sea en el siglo, sea en el estado religioso, pongamos nuestras delicias en la vida comun, y no nos distingamos en nada de los demas en lo exterior. Dios ve lo interno; hagamos pues, de manera que este interior sea á sus ojos tan puro como puede ser. En quanto á lo exterior que está á la vista de los hombres, sea edificante, pero nada ofrezca que llame una atencion particular.

María lleva una vida oscura y oculta: encerrada en su pequeña habitacion, no sale sino por precision, ó por algun motivo de caridad. Las mujeres de su clase no se hallan en estado de parecer en público, ni de brillar en las reuniones. ¿Y qué público, de otra parte, el de la aldea de Nazaret? Mas tal como es, María no se presenta á él. Las visitas, si alguna hace, le son inspiradas por la gracia, ó dictadas por la urbanidad. No las prolonga mas allá de lo necesario: la conversacion solo versa sobre asuntos de edificacion. Nada de curiosidad, nada de maledicencia, nada de inutilidad: retirase, y vuelve á entrar plentera en su casa, despues de haber cumplido sus deberes con el prójimo. Nunca se le oye hablar de ella ni de su Hijo; oculta cuidadosamente quanto concierne á ella y su Hijo, y solo deja ver en ella una mujer ordinaria. ¡Oh! ¡cuán difícil es, cuando se han recibido grandes favores del cielo, hacer de modo que nadie lo conozca, y no manifestar nada exteriormente que pueda hacerlo sospechar! ¡Cuán raro es, con un interior tan perfecto como el de María, conducirse de un modo tan sencillo, tan constante,

que nada se descubra! ¡Cuán continua vigilancia sobre sí mismo no se necesita para esto, sobre todo en los principios, en los que, bajo falsos pretextos de celo y de edificacion del prójimo, nos sentimos propensos á hacer confianzas secretas de lo que en nosotros pasa! Este amor propio, esta vanidad espiritual es cuando menos una indiscrecion, y nunca estamos bastante prevenidos contra tan sutiles defectos.

María, por fin, lleva una vida mas laboriosa. No hemos de figurarnos que María estuviese siempre en oracion, ni que pasase horas enteras en contemplar con los brazos cruzados. Lejos de ella aquella muelle y ociosa piedad á que se dedican tantas mujeres ricas enemigas del trabajo, porque no lo necesitan para vivir. María no tenia tiempo para orar así. Ella habia de cuidar de la manutencion y del aseo de José y de Jesus: debia cuidar de todo el arreglo de la casa, y hacerlo todo por sí sola. Mas en su trabajo, que era casi continuo, no perdía la presencia de Dios, ni la paz del corazon, y consagraba á la oracion los momentos que tenia libres. Amemos como ella el trabajo, que es el mayor sosten de la vida interior: el trabajo nos hace salir de nosotros mismos, y obstruye el origen de las reflexiones y de los razonamientos. En tiempo de consolaciones nos priva que nos abandonemos á ellas; en tiempo de sequedad alimenta el alma, distrae las tentaciones y las praevas: es, por fin, útil y áun indispensable en todos los estados de la vida espiritual.

Esta vida de María fué sin embargo la mas santa, la mas agradable á Dios que criatura alguna haya llevado sobre la tierra. De ello nos convencemos plenamente á la sola reflexion de lo que era María. Mas mirando la cosa en sí, apenas podemos creerlo; y si María viviese entre nosotros como vivia en Nazaret nos costaria formar una alta idea de su piedad y de su virtud. Necesitamos lo maravilloso, lo extraordinario, actos sorprendentes, largas oraciones, vigiliass, ayunos, austeridades. Donde no vemos nada de esto no sabemos reconocer santidad. Desengañémonos; estimemos en los otros la vida comun, oscura,

aboriosa; escojámosla para nosotros en cuanto podamos llevarla, y sea este uno de los puntos principales en que tratemos de imitar á María.

CAPITULO XXIX.

APLICACION DE MARÍA EN ESTUDIAR Á JESUS.

No sin razon el Espíritu Santo, que guiaba la pluma del evangelista, nos hace observar por segunda vez, que la Madre de Jesus conservaba en su corazon todas las cosas, ya palabras, y acciones, que le concernian. Por esta razon, ademas de lo que dejo dicho sobre el particular, juzgo á propósito hacer otro artículo sobre lo mismo.

Desde el nacimiento de Jesus hasta su muerte, María no le perdió un momento de vista: en él se ocupaban de continuo su pensamiento y su corazon, no solo como en el objeto de su amor, sino tambien como en el objeto de su imitacion. Sabia que no se habia hecho hombre sino para servirnos de modelo; creyéndose feliz de tener siempre á la vista un modelo tan perfecto, de conversar con él con mas frecuencia y con mas libertad que ningun otro, de ser testigo de su conducta y depositaria de sus sentimientos; y por pertenecerle mas de cerca que nadie, se creia con razon obligada á imitarle y á parecersele mas que nadie. Así es que ella le estudiaba sin cesar, observaba con cuidado su comportamiento en todas ocasiones, retenia y meditaba en su corazon todas sus palabras, aplicándose sobre todo á conocer bien sus disposiciones interiores, á fin de conformar con ellas las suyas propias. Ni menor atencion ponía á lo que de él publicaban las personas inspiradas por el Espíritu Santo, tales como Elizabeth, Simeon y los demas. En una palabra, nada descuidaba para instruirse á fondo de la única ciencia, la de Jesucristo, y para

instruirse en ella, no por curiosidad sino á fin de tomarla por norma de sus sentimientos y de su conducta. Este estudio y esta imitacion hicieron de María la mas perfecta de las criaturas.

Estudiemos á Jesucristo toda nuestra vida con la misma aplicacion, por el mismo motivo, con la mira de imitarle. Estudiémosle en sí mismo, estudiémosle en María que tan excelentemente le imitó.

Estudiemos á Jesucristo toda nuestra vida. Por larga que pueda ser, jamas agotaremos tan rico tesoro. Quanto mas lo profundicemos, mas descubriremos en él de nuevo; y cuantas mas luces alcanzaremos, mas cosas hallaremos aún que descubrir en él. Estudiémosle en cualquier condicion y en cualquier estado en que nos hallemos, grandes, pequeños, ricos, pobres, hombres públicos, hombres privados, en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y en la desgracia; ora vivamos en el mundo, ora retirados de él; desde que queremos ser verdaderos cristianos, no podemos serlo sino por un constante y asiduo estudio de Jesucristo. Cualquier otro estudio, cualquiera otra ocupacion que de esta nos desvie, ó es inútil ó peligrosa. Los demas estudios de nada nos servirán por sí solos para la eternidad, si por este no van ordenados, dirigidos, santificados.

María nada mas hizo que esto sobre la tierra. Aun despues de la muerte de su Hijo, se acordaba de lo que le habia oido decir, de lo que le habia visto practicar, y de las diversas circunstancias de su vida. Ignoraba absolutamente todo lo demas; su espíritu no estaba cultivado por ninguna ciencia profana, ni poseia lo que en las personas de su sexo se llama talentos. ¿Qué perdió por esta ignorancia? Nada. ¿Dejaba de ser por esto á juicio de Dios la mas sabia en la ciencia sola digna del hombre y única interesante al hombre?

No estudiemos á Jesucristo como de paso y ligeramente. Toda la atencion de que somos capaces por la gracia no es demasiada para tan grande materia. En él todo habla, todo es sólidamente instructivo, todo es profundo, y contiene un sentido de

una extension infinita. Al contemplar su doctrina, no cabe duda que todos cuantos libros la explican no la desplegarán jamas sino imperfectamente. Esto es aún mas cierto con respecto á sus ejemplos, que son su doctrina practicada en toda su perfeccion por un Hombre Dios, tanto interior como exteriormente. ¿Podemos seriamente lisonjearnos de que con tan poco tiempo y reflexion como empleamos en esta ciencia, la poseeremos, no digo perfectamente, sino lo bastante, y tanto como Dios lo desea y nosotros lo necesitamos para satisfacernos? Si estamos bien persuadidos de su importancia, de su extension y de su profundidad, no regatearemos ni nuestro tiempo ni nuestra aplicacion. Estudiaremos á Jesucristo en la oracion, no por el esfuerzo del discurso, sino por el gusto del corazon; le estudiaremos en los libros que mejor y con mas uncion hablan de él; le estudiaremos observando en nosotros las inspiraciones y los movimientos de la gracia, escuchándole como maestro interior que nos habla al oído del corazon.

Estudiémosle, no por curiosidad, no para hacer alarde de nuestros conocimientos, no para aconsejar é instruir á los demas, sino por los mismos motivos que María: ante todo para nosotros mismos; y si Dios quiere servirse de nosotros, para la necesidad y el provecho del prójimo. ¿Cuán culpables seriamos, é indignos de que Dios nos alumbrase, si nouviésemos en este estudio intenciones puras, y si viéramos en él otra cosa que la gloria de Dios, nuestra perfeccion y la de los demas, en caso de estarnos encargada?

Estudiémosle en vista de la práctica, refiriéndolo todo á la práctica. Imitemos de Jesucristo lo que conocemos, y así mereceremos conocerle mejor. ¿De qué nos servirán nuestras luces, si no sacamos algun provecho? No servirian sino para nuestra condenacion. Dios nos las negará, si no hacemos de ellas un buen uso, pues para esto solo nos las da, y ni aún conservaremos por mucho tiempo un vivo afan de adquirirlas. No se tiene ardor para conocer á Jesucristo sino en quanto se procura imitarle.

En fin, estudiémosle ante todo y sobre todo en sí mismo. Tratemos de penetrar en su Corazon, para descubrir allí la fuente de su doctrina y el principio de sus acciones. Roguémosle con urgencia que nos introduzca en este santuario, y cuando tendremos libre la entrada, retirémonos allí á menudo, ó mas bien no salgamos jamas de él. No descuidemos tampoco de estudiarle en sus santos, en un S. Pablo, por ejemplo, en un S. Juan, en un S. Francisco de Asís, pero sobre todo en María, que tan bien supo trazar en sí misma la imágen de su Hijo. Ella es principalmente el modelo de las personas de su sexo, y Jesucristo les ha dado en ella el ejemplo de las mas eminentes virtudes. A las esposas de Jesucristo especialmente corresponde estudiar é imitar á su Madre. Este es su deber peculiar, para ello tienen todas las proporciones, y para ello les alcanza María de su Hijo una gracia especial.

CAPITULO XXX.

BODAS DE CANÁ.

AL principiar la vida pública de Jesucristo se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, á las que asistió la Madre de Jesus, y en que se halló tambien Jesus con sus discípulos. Convidemos á María en nuestros regocijos, rogándole que asista á ellos espiritualmente. Los banquetes de regocijo no están prohibidos, y hay circunstancias, tales como de una boda y muchas otras, en que Dios los autoriza. El los bendecirá, derramando en los convidados una dulce é inocente alegría, si les acompañan el temor de Dios, la pureza de conciencia, la moderacion y el decoro. ¡Cuán edificante y santo debió ser este festin de bodas á que asistieron Jesus y María! Sean tales las nuestras, que merezcan ser honradas con su presencia, y vaya todo como si estuviesen pre-

sentes. Las comidas, destinadas á estrechar mas las mutuas relaciones de los hombrss, son una de las circunstancias de la vida en que deben reinar mas la caridad y la cordialidad. Distínguese allí fácilmente los verdaderos cristianos, y mas aún los cristianos interiores, portándose con una santa libertad, con una franqueza y una afabilidad tan modesta, que son el fruto de su union con Dios y de la paz íntima de que disfrutan.

Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesus su Madre: No tienen vino. (Joan, II, 3.) Observad aquí la atencion y la caridad de María. Repara ella que el vino falta á los convidados; y para ahorrar á los dos esposos aquella especie de vergüenza que esta falta debia naturalmente causarles, lo advierte á su Hijo, el cual por su omnipotencia se hallaba en disposicion de suplir aquel defecto. Le pedia un verdadero milagro, y no podia con mas reserva manifestarle su deseo. Bien sabia Jesus, antes que ella se lo advirtiese, que faltaba el vino, ni tampoco se lo decia ella para advertírselo. El sabia tambien, antes de abrir la boca, cuál era su deseo, pues él mismo se lo habia puesto en el corazon, y no le pidió ella un milagro sin una particular inspiracion. Sabia él, en fin, que haria aquel milagro, y que satisfaria el ruego de su Madre. Necesarias son estas observaciones, para juzgar como se debe de la respuesta que le hizo.

Respondióle Jesus: Mujer, ¿qué nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora. ¡Qué dura parece por parte de un hijo semejante respuesta! ¡Qué humillante para una madre, y mas haciéndola en alta voz, y que la oyerón los convidados! Mas, profundicémosla, para que la especie de escándalo que al principio nos causa, se convierta en enseñanza y edificacion. ¡Un hombre Dios hablar así á su Madre en una ocasion de publicidad, y mortificarla tan sensiblemente cuando ella recurre á su omnipotencia y á su bondad, en favor de aquellos mismos que les habian convidado! Mas él le habla así, precisamente porque era hombre Dios, y porque María era su Madre. No debemos creer que le quisiera increpar el haberle pedido un milagro fuera de propósi-

to, pues estaba resuelto á hacerlo; ni que hallase á mal el que ella interpusiese su autoridad, pues no era posible hacer uso de ella con mas circunspeccion. No; no fué culpable María á los ojos de su Hijo ni de indiscrecion ni de imperfeccion alguna, antes bien aprobó y accedió interiormente á la súplica que ella le hacia.

¿Por qué, pues, le habla con tanta aspereza? Por muchas razones dignas de él y de ella, y que ella misma comprendió sin duda perfectamente. En primer lugar, quiso que los concurrentes vislumbrasen, á lo menos confusamente, su naturaleza divina. Llamando *mujer* á su Madre, y preguntándole lo que era comun entre él y ella, dió con bastante claridad á entender que si era hombre, era tambien alguna cosa mas que hombre; que bajo este último respecto su Madre no le era nada, y que nada de comun habia entre los dos, pues esta fe en su divinidad era la que se proponia arraigar en el corazon de los que le escuchaban.

En segundo lugar, queria dar á entender á su misma Madre, que como Dios nada le debia, que no tenia sobre él autoridad alguna, ni aún por vía de súplica; y que si le concedia un milagro, era una pura gracia que le hacia como Dios, y no una deuda que le pagase como hombre; no teniendo ni aún él, como hombre, el poder de hacer milagros.

Queria en tercer lugar, que ella, sus discípulos, y todos los que presentes se hallaban comprendiesen que ni aún él era, en cierto sentido, árbitro de sus acciones; que dependia de su Padre; que la hora, en la cual habia de obrar, estaba señalada; que debia sujetarse á este decreto, y que no haria milagros por su voluntad humana, sino por las órdenes de su Padre; motivo por el cual en vano se le pedirian milagros, tanto por curiosidad como para experimentar su poder, á la manera que lo hicieron los fariseos; y que los mismos que obraria no los concederia sino á la fe sobrenatural inspirada por su Padre.

Quiso, por fin, poner en prueba la virtud de su santa Madre; y antes de concederle un favor, que no era para ella, hacérselo merecer por medio de una humillacion. Cuando le dijo: *Aún no*

es llegada mi hora, es como si se le hubiese dicho: No ha llegado mi hora para los demas, pero ha llegado para tí; tú estás á otro nivel que los otros, y como Madre mia tienes privilegio, que no tienen los demas. Este sentido de su respuesta se hace evidente por el milagro que siguió luego.

Así pues, no quedó defraudada la esperanza de María. Por medio de una luz que solo á ella era dada, entendió perfectamente la respuesta de su Hijo; y segura de que no seria desoida, dijo á los servidores: *Haced lo que él os dirá*. No vacileis, y vereis un efecto de su poder.

El primer milagro pues, que obró Jesucristo, lo hizo á instancias de su Madre, despues de haber probado su fe y su humildad. Por este medio enseñaba á los demas á no desalentarse cuando les ejercitase por una aparente dureza, antes bien á perseverar en su fe en él, y recibir con agrado las humillaciones con las cuales tuviera á bien probarlos.

Muy ordinario es en Dios el hacer milagros de providencia á ruego de almas interiores, ya para ellas, ya para los demas; mas casi siempre se los hace comprar; es decir, que hace servir estos milagros á su santificacion. La fe humilde y perseverante que se los arranca en cierto modo, le es infinitamente agradable, y no se los puede negar, porque no ve peligro alguno en concedérselos. Nada pidamos á Dios temerariamente; mas cuando tengamos motivo para creer que él mismo nos inspira nuestra demanda, y que en ello va su gloria, seamos firmes en nuestra fe como María; sorportemos con humildad estos aparentes desaires, no dudemos de que seamos oídos, y lo seremos realmente.

CAPITULO XXXI.

MARÍA DESCONOCIDA EN APARIENCIA POR SU HIJO.

Los tres años y aún mas de la predicacion de Jesucristo fueron un tiempo de pruebas para su Madre. El la dejó para no ocuparse mas que en la gloria de su Padre, en las funciones de su ministerio, en la instruccion de sus discípulos y del pueblo. Durante este tiempo olvidó por decirlo así, á María; ya no mas conversaciones, ya no mas comercio con ella, como si fuese para él enteramente extraña. Mas si la había dejado como hombre, estaba siempre con ella como Dios; obraba de continuo sobre su corazon, y le enseñaba á espiritualizar y á divinizar el afecto que ella le tenia. La privacion de su presencia sensible era para ella una pena; pero lejos de ser una pérdida, era una verdadera ganancia, pues por su medio se iba santificando mas y mas. Convenia que ella se desprendiese de Jesus segun su naturaleza humana, y que se dispusiese poco á poco á sacrificarlo.

Es por lo tanto verosímil que ella siguiese á su Hijo en sus viajes, y que estuviese en compañía de las otras mujeres, de que habla el Evangelio, que le asistían con sus bienes. Ellas cuidaban sin duda tambien de María, la cual, habiendo perdido á José, no tenia otro recurso para vivir, y nada le privaba de acompañar donde quiera á su Hijo, no teniendo ya casa que cuidar. Seguía pues, á Jesus; y Jesus en cierto modo la evitaba. Desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á su muerte en la cruz, no leemos en el Evangelio que le hablase una sola vez: vemos al contrario, que en ciertas ocasiones afectaba desconocerla, y esto públicamente.

Un día, dice S. Mateo, estaba él platicando al pueblo, y hé aquí que su Madre y sus hermanos, esto es, sus primos, estaban fuera, que le querían hablar. Por lo que uno le dijo: Mira que tu Madre

y tus hermanos están allí fuera preguntando por tí. Pero él respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? Como si le dijese: ¿Qué quieres decirme? No conozco ni madre ni hermanos segun la carne. Y mostrando con la mano á sus discípulos, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre. (Mat., XII, 46.) No es este el momento de reconocer á los que me están unidos por la sangre, ni de conversar con ellos. En mis funciones públicas, en las cuales yo obro en nombre y por la gloria de mi Padre que está en los cielos, no conozco por hermano, ni por hermana, ni por madre sino el que cumple la voluntad de aquel Padre que me ha levantado sobre la tierra; y con los hombres no tengo otra union que una union espiritual y toda de gracia.

Por medio de este discurso anunciaba al pueblo su naturaleza divina y su generacion eterna. Declarábale que él no había venido á la tierra sino para hacer saber á los hombres la voluntad de su Padre, y enseñarles el modo de cumplirla. Declaraba que pertenecer á él segun la carne no era un mérito; que no hacia el menor caso de esta alianza, y que era menester pertenecer á él segun el espíritu, conformándose como él á la voluntad del Padre celestial. Mas esto mismo era el mayor elogio que podia hacer de María, por cuyo medio expresaba cuánto la queria, y hasta qué punto le estaba unida espiritualmente, pues sabia que desde la infancia había siempre llena y perfectamente cumplido la voluntad de Dios. Así que, María nunca fué reconocida de un modo mas sublime y mas excelente por la Madre de Jesus como en esta ocasion, en la cual parece confundirla con sus discípulos y con todos aquellos que creyeran en él.

Verdad es que esta maternidad espiritual le es comun con todos los verdaderos fieles, y que la maternidad corporal es el único privilegio. Mas tambien es una verdad, que aún en sentido espiritual, es ella Madre de Jesus de una manera que le es propia; y esto es lo que constituye su mérito y su gloria; esto es lo

que Dios alabó y recompensó en ella, y no la calidad de Madre del Verbo encarnado. Así pues, si María, que juzgaba de todo como su Hijo, se glorificó de alguna cosa en el Señor, no fué de haber sido elegida para ser la Madre del Mesías, sino de haber, con el socorro de la gracia, hecho siempre la voluntad de Dios.

Podemos pues, nosotros tener parte como María al título de Madre de Dios en el sentido mas elevado, y debemos aspirar á él. María lo desea, y lejos de envidiárnoslo, nos ayudará por su intercesion á pedir este título con ella; quiere que seamos grandes delante de Dios, en lo que hizo su verdadera grandeza; que seamos unidos á su Hijo con la misma union que á ella la ha hecho tan querida. Mas acordémonos siempre, que cuanto mas Jesus amó á María, mas se complació en ejercitarla, en probarla, en desasirla de sí misma para tenérsela mas unida; y que nunca fué con mas perfeccion su Madre, que cuando ella, conformándose con la voluntad de Dios, aceptó las pruebas incomparablemente dolorosas á que la sometió su ternura única para con su Hijo. Sí; es preciso pertenecer mas de cerca á Jesus, renunciando al mismo Jesus; preciso es consentir en perder su presencia sensible, en vernos privados de la dulzura de su conversacion y de sus inefables consuelos. Entonces es cuando se llega á ser, como María, Madre suya en el sentido espiritual.

CAPITULO XXXII.

EN QUÉ HIZO CONSISTIR JESUCRISTO LA FELICIDAD DE MARÍA.

ESTE capítulo volverá á entrar un poco en la materia del precedente; mas no hallo reparo alguno en exponer aparte é inculcar en diferentes términos una materia de tal importancia. Una mujer, trasportada por los discursos de Jesucristo, levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: ¡Bienaventurado el vientre

que te llevó, y los pechos que te alimentaron! Mas Jesus respondió: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.

Ved con qué cuidado aparta Jesus las ideas materiales de la carne y de la sangre, y lo reduce todo á los pensamientos espirituales. Esta mujer felicitaba á María por haber llevado á Jesus en su seno, y haberle dado su leche. ¿No tenia razon? ¿Quién lo duda? La Iglesia la felicita tambien por lo mismo, sirviéndose de las mismas palabras. Mas ella paró aquí su discurso, y no ensalzó en María lo que era de muy otra manera digno de elogio y de felicitacion. María habia estado atenta toda su vida en escuchar la palabra de Dios, y en guardarla. Esto es lo que, á juicio de Jesus, constituia su verdadera felicidad, sin excluir no obstante la que le venia de la maternidad divina. Grande dicha es sin duda para ella el haber llevado á Jesus en su seno, y haberlo alimentado con su leche. Pero mayor dicha es todavía el haber tenido el oído del corazon siempre abierto á la palabra de Dios, y haberla cumplido fielmente. La primera dicha es un favor puramente gratuito, que no fué concedido á María para ella sola, sino para todo el género humano; una gracia que aislada y por sí misma no la hacia mas santa, porque dependia mas bien de la eleccion de Dios que de su voluntad, aunque para ello hubiese dado su consentimiento. Mas la segunda dicha es efecto de la libre correspondencia de María á las inspiraciones del Espíritu Santo; es el fruto de su fidelidad, que ella se procuró, haciendo un santo uso de su libertad, y esta dicha es la que mas aprecia Dios en ella, la que la hace mas agradable á sus ojos; es la felicidad á la cual debe en el cielo su corona.

Enmendando las ideas de aquella mujer, Jesus nos enseña á enmendar las nuestras. ¡Cuántos cristianos se engañan en el concepto que forman de la felicidad de María! Admiramos y celebramos con mucho placer en ella lo que nos consta estamos dispensados de imitar; sus privilegios, su dignidad de Madre de Dios, hé aquí lo que nos mueve mas á llamarla bienaventurada.

El Interior.